

Homilía de XXIV Domingo del tiempo ordinario

Año litúrgico 2021 - 2022 - (Ciclo C)

“Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores”

Introducción

Hablar de Dios siempre ha resultado problemático para el hombre, pues su experiencia de Él es ambigua y confusa: nunca parece quedar claro qué es revelación o qué es proyección apriorística de categorías humanas.

Y, sin embargo, este mismo hombre no puede negar, en su condición humana, su **necesidad de conocer o afirmar algo de Dios que resulte de significatividad para sus experiencias vitales** más profundas, para las cuales busca respuesta más allá de sus posibilidades y ambigüedades, pues el hombre, que anhela el bien en su vida, no deja de ser consciente del mal que padece y que causa.

¿Es Dios la respuesta? ¿Y si lo es, quién y cómo es ese Dios, evitando caer en la acusación de proyección humana de Feuerbach?



Fr. Ángel Romo Fraile
La Virgen del Camino (León)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro del Exodo 32, 7-11. 13-14

En aquellos días, el Señor dijo a Moisés: «Anda, baja de la montaña, que se ha pervertido tu pueblo, el que tú sacaste de Egipto. Pronto se han desviado del camino que yo les había señalado. Se han hecho un becerro de metal, se postran ante él, le ofrecen sacrificios y proclaman: “Este es tu Dios, Israel, el que te sacó de Egipto”». Y el Señor añadió a Moisés: «Veo que este pueblo es un pueblo de dura cerviz. Por eso, déjame: mi ira se va a encender contra ellos hasta consumirlos. Y de ti haré un gran pueblo». Entonces Moisés suplicó al Señor, su Dios: «¿Por qué, Señor, se va a encender tu ira contra tu pueblo, que tú sacaste de Egipto, con gran poder y mano robusta? Acuérdate de tus siervos, Abrahán, Isaac e Israel, a quienes juraste por ti mismo: “Multiplicaré vuestra descendencia como las estrellas del cielo, y toda esta tierra de que he hablado se la daré a vuestra descendencia para que la posea por siempre”». Entonces se arrepintió el Señor de la amenaza que había pronunciado contra su pueblo.

Salmo

Salmo 50, 3-4. 12-13. 17 y 19 R/. Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre.

Misericordia, Dios mío, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa; lava del todo mi delito, limpia mi pecado. R/. Oh Dios, crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme. No me arrojes lejos de tu rostro, no me quites tu santo espíritu. R/. Señor, me abrirás los labios, y mi boca proclamará tu alabanza. Mi sacrificio agradable a Dios es un espíritu quebrantado; un corazón quebrantado y humillado, tú, oh, Dios, tú no lo desprecias. R/.

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del Apóstol San Pablo a Timoteo 1, 12-17

Querido hermano: Doy gracias a Cristo Jesús, Señor nuestro, que me hizo capaz, se fió de mí y me confió este ministerio, a mí, que antes era un blasfemo, un perseguidor y un insolente. Pero Dios tuvo compasión de mí porque no sabía lo que hacía, pues estaba lejos de la fe; sin embargo, la gracia de nuestro Señor sobreabundó en mí junto con la fe y el amor que tienen su fundamento en Cristo Jesús. Es palabra digna de crédito y merecedora de total aceptación que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, y yo soy el primero; pero por esto precisamente se compadeció de mí: para que yo fuese el primero en el que Cristo Jesús mostrase toda su paciencia y para que me convirtiera en un modelo de los que han de creer en él y tener vida eterna. Al Rey de los siglos, inmortal, invisible, único Dios, honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según San Lucas 15, 1-32

En aquel tiempo, solían acercarse a Jesús todos los publicanos y los pecadores a escucharlo. Y los fariseos y los escribas murmuraban diciendo: «Ese acoge a los pecadores y come con ellos». Jesús les dijo esta parábola: «¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas y pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va tras la descarriada, hasta que la encuentra? Y, cuando la encuentra, se la carga sobre los hombros, muy contento; y, al llegar a casa, reúne a los amigos y a los vecinos, y les dice: “¡Alegraos conmigo!, he encontrado la oveja que se me había perdido”. Os digo que así también habrá más alegría en el cielo

por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse. O ¿qué mujer que tiene diez monedas, si se le pierde una, no enciende una lámpara y barre la casa y busca con cuidado, hasta que la encuentra? Y, cuando la encuentra, reúne a las amigas y a las vecinas y les dice: “Alegraos conmigo!, he encontrado la moneda que se me había perdido”. Os digo que la misma alegría tendrán los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierta». También les dijo: «Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre: “Padre, dame la parte que me toca de la fortuna”. El padre les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, se marchó a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente. Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y se contrató con uno de los ciudadanos de aquel país que lo mandó a sus campos a apacentar cerdos. Deseaba saciarse de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba nada. Recapacitando entonces, se dijo: «Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros”. Se levantó y vino adonde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se le conmovieron las entrañas; y, echando a correr, se le echó al cuello y lo cubrió de besos. Su hijo le dijo: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo”. Pero el padre dijo a sus criados: “Sacad enseguida la mejor túnica y vestídsela; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y sacrificadlo; comamos y celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado”. Y empezaron a celebrar el banquete. Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y la danza, y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. Este le contestó: “Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha sacrificado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud”. Él se indignó y no quería entrar, pero su padre salió e intentaba persuadirlo. Entonces él respondió a su padre: “Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; en cambio, cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado”. El padre le dijo: “Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero era preciso celebrar un banquete y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado”».

Pautas para la homilía

¿Qué podemos saber de Dios?

¿Acaso cabe decir que Dios “se conmueve”? Aún más, ¿tiene sentido decir que Dios “se arrepiente”? Nuestra conceptualización occidental de Dios como omnipotente, onnisciente, onnipresente y, particularmente, inmutable nos induce a rechazar como posibles esos interrogantes. Sin embargo, la Escritura utiliza estas expresiones: Dios “, se conmueve”, “se compadece”, se arrepiente”,... para referirse a Dios, lo cual nos deja en **una situación que nos cuestiona nuestra noción de Dios**: o bien una de las dos descripciones de Dios – o las dos – no es correcta o bien nos negamos a abordar el problema y lo calificamos de situación paradójica, insoluble.

Si optamos por esta última solución, al final, como tantas veces, acabaremos hablando del misterio de Dios, que en el fondo es **un reconocimiento de que no podemos saber nada de Dios en sí** – el mismo Jesús en el evangelio de Juan nos recuerda que “nadie conoce al Padre sino el Hijo” -, pero, siendo esta una posición legítima, nos arriesgamos a quedarnos en la “fe del carbonero”, y no todos nos sentimos cómodos en esa situación, pues la condición humana es inquisitoria por naturaleza: **buscamos conocer**.

Si nos planteamos entrar en el debate, podemos pensar que la confrontación entre ambas nociones de Dios nos lleva a rechazar o cuestionar una de ellas como no correcta, y podemos hacerlo desde posicionamientos apriorísticos. En este sentido, es fácil que **partamos de la idea de que las nociones de la Escritura tienen preferencia sobre la noción de inmutabilidad de Dios**, que procedería, más que de revelación, del pensamiento humano – más concretamente de la filosofía griega con que se cimentó la teología cristiana-. Esta opción parecería más coherente con la descripción - también escriturística - de Dios como Padre: un padre se conmueve, se arrepiente de sus amenazas porque ama a sus criaturas, todo lo cual parece tener perfecto sentido.

Pero no puede olvidársenos que si esta posición nos resulta no solo coherente y legítima sino también más atractiva, sin embargo, **puede aplicársele la misma objeción que a la noción mas filosófica de Dios**. En efecto, también las Escrituras son lenguaje humano y contienen una carga metafórica y simbólica muy notable, lo cual no es de extrañar, pues **todas las religiones utilizan categorías antropológicas** que atribuyen a sus concepciones de la divinidad para hacerlas asequibles a la mente humana. Así, cuando atribuimos a Dios la condición paterna, cuando decimos que Dios “se conmueve” o que “se arrepiente”, ¿estamos en verdad diciendo algo de Dios, el cual sigue siendo inaccesible a la mente humana, como nos recuerdan los místicos y los teólogos de la teología negativa? Si para hablar de Dios, utilizamos categorías humanas, que a su vez nos sirven para aplicarlas al hombre, **entonces entramos en una situación de “bucle”**.

Nuestras experiencias del bien y del mal

La posible respuesta a esta aporía parecería que debería pasar – en lo cual estarían de acuerdo tanto muchas de las hermenéuticas bíblicas como muchas posiciones filosóficas – por lo experiencial, por lo vital humano, por lo que de hecho vive el hombre en su experiencia vital. Y si cabe destacar alguna experiencia vital de la persona – individual y en conjunto como humanidad – es la experiencia del bien y el mal, recibidos como sujeto pasivo o causados como sujeto activo. No cabe duda de que **el bien y el mal son experiencias humanas por excelencia**.

Es común una noción de Dios como agente de bien – le **atribuimos la categoría de Bien como definidora de la divinidad** – y la teodicea, por su parte, con su problematicidad, se pregunta acerca de Dios como responsable último del mal. Pero, junto a esto, nos preguntamos si Dios puede o no ser sujeto pasivo del bien y del mal, es decir, si puede recibir bien o mal, especialmente cuando mantenemos concepciones como la inmutabilidad de Dios. Desde nuestra perspectiva de lo experiencia humana todos estos cuestionamientos están pidiendo una noción de Dios que sea convergente con la experiencia humana en plenitud; y **aquí entra de lleno la relación de la persona con la noción humana de Dios que es Jesús, el de Nazaret**, la experiencia más concreta, humana y vital del hombre con respecto a Dios. Más allá de cualquier categoría, la experiencia del cristiano acerca de la divinidad – abierta a todo hombre –es Jesús de Nazaret, quien en su vida terrena **“paso haciendo al bien y liberando a los oprimidos por el mal”**. De Jesús bien podemos afirmar que experimentó en su vida el bien y el mal a nuestro nivel, tanto como agente activo (la doctrina afirma que no en cuanto al mal) como pasivo.

La experiencia de Pablo

Pues bien, hoy **contamos con una fuente experiencial y vital de particular fuerza**: el testimonio del hombre Pablo con respecto a sí mismo y a Jesucristo. Pablo, vinculando ambas experiencias, a saber, la suya personal, **su consciencia del mal cometido, y la de Jesús, su consciencia de bien recibido**, nos dibuja una noción de divinidad que vehicula ambas experiencias humanas en una frase: “Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores”; y, desde ahí,

expresa su personal experiencia vital de la divinidad, a saber, el que **"Dios tuvo compasión de mí"**.

Pablo no habla desde una concepción abstracta ni desde una teología apriorística, sino desde lo que vive, que está totalmente configurado por su experiencia primaria: su experiencia de Jesús (él, como nosotros, no tuvo experiencia del Jesús histórico, pero su experiencia jesuana coincide con lo que revelan los testimonios evangélicos); y, desde ahí, formula su teología, esto es, su concepción de Dios desde la hermenéutica cristológica: el que Jesús, que conoció y sufrió en su carne el mal, manifiesta y realiza en y para el ser humano el bien incondicionalmente, superando el mal más allá de las posibilidades humanas. **El Bien abstracto de las categorías a priori del pensamiento humano se materializa en medio del mal que experimenta el hombre** a fin de que este pueda vivenciar como sujeto pasivo el bien que no está a su alcance (razón por la que idealiza el bien o lo proyecta trascendientemente en la divinidad) y, a su vez, como sujeto activo.

En definitiva, **lo que permite conciliar la experiencia de lo humano y la noción de lo divino, con sentido y en lo concreto de la vida, es la misericordia** – hipóstasis de lo divino en tanto que expresión de lo mejor humano –, que no conoce límite ni condición y que encarna privilegiadamente, en medio de la realidad ambigua de lo humano (el bien y el mal) el Jesús de los evangelios. Y con él y desde él, también nosotros.



Fr. Ángel Romo Fraile
La Virgen del Camino (León)

Evangelio para niños

XXIV Domingo del tiempo ordinario - 11 de septiembre de 2022



Parábola de la oveja perdida

Lucas 15, 1-32

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo se acercaban a Jesús los publicanos y los pecadores a escucharle. Y los fariseos y los letrados murmuraban entre ellos: - Ese acoge a los pecadores y come con ellos. Jesús les dijo esta parábola: - Si uno de vosotros tiene cien ovejas y se le pierde una, ¿no deja a las noventa y nueve en el campo y va tras la descarriada, hasta que la encuentra? Y cuando la encuentra, se la carga sobre los hombros, muy contento; y al llegar a casa, reúne a los amigos y a los vecinos para decirles: - ¡Felicidadme!, he encontrado la oveja que se me había perdido. Os digo que así también habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta, que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse. Y si una mujer tiene diez monedas y se le pierde una, ¿no enciende una lámpara y barre la casa y busca con cuidado, hasta que la encuentra? Y cuando la encuentra, reúne a las vecinas para decirles: - ¡Felicidadme!, he encontrado la moneda que se me había perdido. Os digo que la misma alegría habrá entre los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierta.

Explicación

A Jesús le acusaron mucho sus paisanos de ser muy blando y acogedor con las personas pecadoras y de mala fama. Y él explicaba su comportamiento, poniendo ejemplos para hacerse entender. A un pastor se le perdió una oveja. Y cuando al final del día se dió cuenta, dejó todo el rebaño recogido y se marchó a buscarla. Y cuando la encontró se llenó de alegría, la puso sobre sus hombros y la devolvió al rebaño. La misma alegría hay en el cielo por alguna persona que estando perdida ha sido encontrada. Jesús dice que él ha venido para encontrar lo perdido.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

Narrador: Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre:

Hijo menor: Padre, dame la parte que me toca de la fortuna.

Narrador: El padre les repartió los bienes.

No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, emigró a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente

Niño 1: No entiendo la actitud de ese hijo. Se ha comportado como un mal hijo.

Narrador: Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad.

Niño 2: Le está bien empleado por malgastar las cosas a destiempo.

Narrador: Fue entonces y tanto le insistió a un habitante de aquel país que lo mandó a sus campos a guardar cerdos. Le entraban ganas de llenarse el estómago de las algarrobas que comían los cerdos; y nadie le daba de comer. Recapacitando entonces, se dijo:

Hijo menor: Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros.

Niño 1: Parece mentira... Como dice el refrán: "sólo no acordamos de santa Bárbara cuando truena".

Narrador: Se puso en camino a donde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió; y, echando a correr, se le echó al cuello y se puso a besarlo.

Hijo menor: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo.

Padre: Sacad en seguida el mejor traje y vestido; ponédle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo; celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado.

Narrador: Y empezaron el banquete. Su hijo mayor estaba en el campo.

Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y el baile, y llamando a uno de los mozos, le preguntó qué pasaba.

Mozo: Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha matado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud.

Narrador: Él se indignó y se negaba a entrar; pero su padre salió e intentaba persuadirlo. Y él enfadado le dijo a su padre:

Hijo mayor: Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; y cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado.

Padre: Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo: deberías alegrarte, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández